

FUENTES CLÁSICAS PARA EL ESTUDIO DE LA PREHISTORIA: LA LEYENDA DEL GRIFO

Carolina Real Torres

Universidad de La Laguna

carrel@ull.edu.es

RESUMEN

Los fósiles constituyen uno de los documentos más auténticos que nos permiten fundar en sólidas bases la verdadera historia de los organismos, suministrándonos preciosos datos sobre representantes de ramas animales desaparecidas. El pensamiento paleontológico temprano interpretaba los fósiles como restos de organismos que vivieron en otras épocas, lo que demuestra la gran percepción que sobre ellos tenían los griegos. El descubrimiento de grandes huesos, a los que se les atribuía un origen mágico o divino, pudo haber sido fuente de inspiración de muchos mitos. Nuestro objetivo es valorar su importancia como fuente histórica.

PALABRAS CLAVE: Mitología, fósiles, animales mitológicos, Grecia.

ABSTRACT

«Classical Sources for Prehistoric Research: The Legend of the Griffin». Fossils are one of the most authentic documents that allow us to establish a solid foundation in the true history of organisms, providing us with precious data on branches representing missing animals. Fossils are interpreted by the early paleontological thought as remains of organisms that lived in the past, demonstrating the wide perception on them that Greeks had. The discovery of large bones, which they attributed a magical or divine origin, may have been the source of inspiration of many myths. Our goal is to evaluate its importance as a historical source.

KEY WORDS: Mythology, fossils, mythological animals, Greece.

Y como cuando los pintores decoran las ofrendas religiosas
—hombres bien diestros en su arte por la comprensión que poseen—
ellos, tomando pinturas multicolores en sus manos
y mezclándolas con armonía, con un poco más de unas y menos de otras,
ejecutan con ellas figuras que se asemejan a todas las cosas,
creando árboles, hombres y mujeres, fieras, aves y peces
que se nutren en el agua, y también dioses de larga vida,
superiores en dignidad¹.

0. Los huesos prehistóricos son conocidos por la humanidad desde tiempos remotos, pues ya el hombre primitivo los utilizaba para la fabricación de herramientas y armas,





o con fines ornamentales. La presencia de los restos de un animal extraño debe haber sido intrigante para la mente de nuestros antepasados, principalmente si se trataba de un animal de grandes dimensiones y con rasgos que difícilmente podían ser atribuidos a animales conocidos en su época. Así, el descubrimiento de fósiles esparcidos por la cuenca mediterránea despertó el interés de nuestros antepasados y dio origen a diversas leyendas mitológicas (Sanz, 2007: 25). Nada responde mejor a los interrogantes sobre el origen que un mito. Supongamos entonces que el proceso mítico consiste en presentar en forma de relato lo que en realidad no es más que el hallazgo de piedras y enormes huesos que surgían de la tierra. Estos restos antiguos presentarían, en general, una gran dificultad a la hora de ser interpretados, ya que el término *fósil*, procedente de la palabra latina *fossilis* («lo que se extrae de la tierra»), incluía inicialmente tanto los minerales y distintas formaciones interesantes, como los restos orgánicos (Pelayo, 1991: 8-10).

Todos los manuales de paleontología señalan que la historia convencional de esta ciencia empieza con alabanzas a los antiguos filósofos griegos que se dieron cuenta de que las pequeñas conchas fósiles halladas lejos de la costa demostraban la existencia de antiguos océanos. En efecto, como afirma Adrienne Mayor en su libro *El secreto de las ánforas*, «las conchas de piedra y los peces hallados en las montañas y los desiertos atrajeron la atención desde los primeros tiempos de la historia de Grecia, y fueron correctamente interpretados como pruebas de la existencia de antiguos mares» (Mayor, 2002: 93). Uno de los más notables filósofos griegos, Jenófanes de Colofón, fue el primero en reconocer que las impresiones de fósiles de animales y plantas eran las huellas reales de seres que vivieron en otros tiempos, las cuales habían sido cubiertas por las aguas (Haeckel, 1878: 68). Por consiguiente, si es cierto que los antiguos filósofos griegos se fijaron en los fósiles marinos, ¿por qué, entonces, se plantea Mayor, no iban a prestar atención a los enormes restos fósiles de animales terrestres?

La renuncia de los filósofos clásicos a abordar el problema de los grandes huesos prehistóricos ha sido interpretado por los científicos modernos como producto de la noción aristotélica de la inmutabilidad de las especies, un principio dogmático que impidió la especulación paleontológica en la Antigüedad². En efecto, desde tiempos remotos han existido teorías sobre el origen de los seres vivos que no han contemplado la evolución en su conjunto. Los filósofos griegos de los siglos VII-V a.C. fueron los primeros en ofrecer explicaciones racionales de los fenómenos naturales, intentando explicar su origen como resultado de fuerzas o seres sobrenaturales (Phillips, 1955: 171-178). Sin embargo, los griegos, obsesionados por el origen del Universo, de la tierra, de la vida, de los animales y de los seres vivos, no prestaron atención a

¹ Empédocles, *Fragmentos*, en *Los filósofos presocráticos. III*. Biblioteca Clásica, Gredos, Madrid, 1986 (traductores Armando Poratti, Conrado Eggers Lan, María Isabel Santa Cruz de Prunes y Néstor Luis Cordero).

² Las ideas biológicas inscritas dentro de la historia del pensamiento griego y europeo anteriores a Darwin afirmaban que las especies eran algo fijo e inmutable. Cf. Sarmiento (2009: 18-38).

los cambios subsiguientes y, por tanto, a una posible evolución. A pesar de que sus teorías constituyen la primera revolución científica al rechazar lo sobrenatural en favor de explicaciones materialistas, no será hasta los siglos XVI y XVII en Europa que se comience a acumular evidencias sobre cambios históricos en flora y fauna³.

No obstante, los misteriosos fósiles de grandes vertebrados, incluso los huesos y dientes aislados, fueron objeto de una intensa curiosidad popular en la época grecorromana; fruto de este interés son las especulaciones paleontológicas que se conservan en numerosos mitos clásicos sobre el pasado de la naturaleza, también diseminadas por doquier en las obras, menos conocidas, de geógrafos, viajeros, etnógrafos e historiadores. Esto se debe a que el mundo antiguo disponía de una verdadera riqueza de fósiles de vertebrados, la mayoría de ellos de grandes mamíferos, principalmente de las épocas del Mioceno, el Plioceno y el Pleistoceno. Los propios griegos y romanos, para quienes estos vestigios del pasado constituyeron elementos importantes de su entorno natural y cultural, coleccionaron, midieron y exhibieron los huesos, y recopilaron luego sus hallazgos en numerosos textos que se han conservado hasta hoy (Pelayo, 1991: 8).

La doctora Mayor propone recuperar el conocimiento perdido de la Antigüedad sobre los fósiles mediante una nueva lectura de los textos clásicos, una lectura que debe hacerse a la luz de descubrimientos contemporáneos. «Eso significa —afirma la autora— salvar el abismo existente entre las humanidades y las ciencias modernas, con el fin de reconstruir un capítulo vital y perdido de la historia inicial de la paleontología» (Mayor, 2002: 23). En la misma línea, nos proponemos destacar la importancia de las fuentes grecolatinas en los descubrimientos de fósiles y demostrar que las antiguas creencias sobre estos seres míticos contienen algunas verdades geológicas y paleozoológicas significativas.

1. LOS TEMPLOS, PRIMEROS MUSEOS PALEONTOLÓGICOS

El origen de las primeras colecciones de huesos hay que buscarlo en los antiguos templos y lugares de culto, pues es ahí donde se han encontrado numerosos fósiles que, al ser considerados un buen presagio, pronto comenzaron a utilizarse como objetos de valor en las ofrendas a los dioses y, luego, como objetos de comercio. Sabemos, además, que durante siglos los huesos de seres gigantes se atesoraban como reliquias de un pasado mítico y se exhibían como maravillas naturales en los templos y otros lugares públicos. Un ejemplo sería el *Samotherium* de la antigua Samos, colección de huesos colosales descubiertos al norte de la isla en un lugar conocido popularmente como el «Cementerio de los elefantes» y que fueron almacenados a partir de la década de 1880 (Mayor, 2000: 15). La isla de Samos servía de nexo cultural entre Grecia, Asia y África, y en ella se mostraban a los viajeros los grandes

³ Cf. Haeckel (1878: 68); Nuño de la Rosa (2005: 10-22); Rojas (2001: 10).





huesos de extrañas y variadas criaturas del pasado, tanto procedentes de la isla como de otros lugares; de ahí la creencia de que la mayoría de las leyendas sobre monstruos legendarios se han basado en observaciones de fósiles prehistóricos⁴. Un lugar de visita obligado en Samos era el *Heraion*, el santuario de la diosa Hera, entre cuyas ruinas se descubrió una notable colección de grifos de bronce, que actualmente se encuentra en el museo de la isla. Éste es el hallazgo arqueológico más antiguo que coincide con la época en que aparecieron en Grecia los primeros relatos escritos sobre estas extrañas criaturas⁵.

Los grifos son animales exóticos de la tradición oral antigua que se caracterizan por presentar una singular combinación de rasgos de ave y mamífero. Siempre se creyó por parte de historiadores, arqueólogos y zoólogos, que el grifo era simplemente una criatura simbólica que representaba la vigilancia, la avaricia o la fuerza, cuya misión era vigilar los lugares sagrados (Mayor, 2000: 16). En heráldica, el grifo representa lo fabuloso, algo imaginario. En el contexto religioso, la fusión de dos animales, el león y el águila, en la figura de este animal representa la doble naturaleza de Jesucristo: la humana y la divina, es decir, fuerza y sabiduría⁶. Este fuerte carácter simbólico del grifo hace que sus representaciones en el terreno artístico sean muy abundantes: después de aparecer en numerosas pinturas y esculturas de los antiguos babilonios, asirios y persas, los romanos lo emplearon con propósitos decorativos en frisos, patas de mesa, altares y candelabros; llegó a ser un motivo tan popular que su imagen fue acuñada en las monedas antiguas. Con la llegada del cristianismo, este animal del mundo pagano fue incluido en los bestiarios de autores cristianos como San Basilio y San Ambrosio, y fue motivo decorativo de capiteles y frontales de las iglesias (Walker, 1996: 91-93).

2. LA LEYENDA DEL GRIFO

Una leyenda paleontológica recogida en 1848 en Siberia por un geólogo alemán parecía, a primera vista, revelar la identidad del antiguo grifo. Georg Adolph Erman (1806-1877) identificó la figura de esta criatura, que se consideraba irreal, con restos de rinoceronte y mamuts de la época glacial hallados en Siberia. Su teoría fue refutada años más tarde cuando el especialista en estudios clásicos J. D. P. Bolton (1962) demostró que esta identificación del grifo se había enfocado hacia fósiles equivocados en un lugar equivocado: los nativos del norte de los Urales también explotaban las arenas auríferas, pero el origen de la leyenda se encontraba según Bolton en Asia central; además, los mamuts y rinocerontes carecen de pico, el sello característico de los grifos. Recordemos que el término *grifo* (lat.clás. *gryps*, *gryphis*,

⁴ Cf. Brown (1927: 19-32); Mayor (2002: 35); Phillips (1964: 171-178).

⁵ Cf. López (2003: 27); Mayor (2002: 37); Rodríguez (2006: 21); Suárez (1986: 96).

⁶ Elvira (2008: 444); Valero (2003: 203).

lat. tar. *gryphus*) proviene del antiguo griego γρυπός, que significa «ganchudo». No obstante, como veremos a continuación, la idea de Erman según la cual los grifos se basaban en observaciones de restos prehistóricos era acertada, así como el lugar de procedencia propuesto por Bolton. En la misma línea, Mayor manifestaba recientemente que los grifos «es el primer caso documentado de un intento de visualizar un animal prehistórico a partir de sus restos fósiles» (Mayor, 2002: 43), atribuyendo el origen de esta leyenda a los mineros de oro escitas que atravesaban el desierto de Gobi en busca de este ansiado metal.

La descripción típica del grifo, según se deriva de los textos clásicos, es la de un ave de cuatro patas, con pico de águila y garras de león, que probablemente no vuela sino que salta en el aire y escarba el suelo, y que vive en la soledad del desierto, donde protege ferozmente grandes cantidades de oro. Esta leyenda hace su aparición en Grecia en torno al 675 a.C. con el poema del aventurero y escritor griego Aristeas, titulado *las Arimaspeas*⁷. Aristeas, quien conoció a los escitas nómadas a los que aludía la doctora Mayor, hizo constar que los jinetes que buscaban oro luchaban contra los grifos, unos depredadores del tamaño de un león que poseían picos fuertes y curvados como los de las águilas (Mayor, 2000: 22-25). A lo largo de los mil años siguientes, florecieron las leyendas sobre el oro de los escitas y las feroces criaturas que lo protegían, y los grifos se convirtieron en un tema muy popular en el arte y el teatro del mundo clásico.

Actualmente sabemos que, en la Antigüedad, Escitia fue una importante región productora de oro y que en excavaciones realizadas en tumbas saka-escitas por todo el sur de Rusia se han hallado espectaculares tesoros de este metal tan codiciado (Mayor, 2000: 23). El territorio de los escitas isedonios, a quienes Aristeas oyó hablar del grifo, es una región que hoy en día comprende partes del noroeste de Mongolia y China, del sur de Siberia y del sureste de Kazajistán. En esta zona desértica abundan los esqueletos de *protoceratops*, una especie de dinosaurio cornudo, originario de esta región de Asia central (Mongolia). El *protoceratops* es un herbívoro de aproximadamente dos metros de altura, cuyo pico a un observador inexperto podría parecerle el de un ave. Sus restos esparcidos a lo largo de la arena, incluso por la superficie, siendo sus huesos de color blanco y, por tanto, claramente visibles, unidos a los numerosos cadáveres de camellos, caballos y restos humanos de viajeros, eran prueba suficiente del enorme peligro que encerraba el desierto y de los monstruos que allí habitaban (Sanz, 2007: 26 s.).

Otro hecho que demuestra que el grifo es una leyenda paleontológica y no un ser imaginario es su falta de trasfondo mítico. El grifo no desempeñaba ningún papel en la mitología griega, no aparece asociado a ningún dios o héroe determinado ni a ningún episodio mítico concreto; tampoco tenía poderes sobrenaturales. Las

⁷ Aristeas de Proconeso compuso un poema épico en tres libros, titulado *las Arimaspeas*, donde narra su viaje a la extremidad norte del mundo conocido hasta entonces. Cf. Phillips (1955: 161-177).



informaciones de que disponemos acerca de este animal se han conservado en forma de creencias sobre su apariencia y costumbres. Su iconografía, por tanto, no sigue ninguna narración mitológica conocida. En los siglos que siguieron al relato de Aristeas, se habían hecho muy populares las representaciones en bronce de grifos, utilizados especialmente como decoración para las cráteras. El arqueólogo soviético Sergéi Rydenko halló en la década de 1940 una serie de objetos artísticos que representaban grifos en varias tumbas situadas cerca de Pazyryk, en los montes Altái, del siglo V a.C. Esto demuestra que aquellos nómadas conocían la tradición del grifo recogida dos siglos antes por Aristeas. Asimismo, el tema aparece representado con algunas variantes en las iconografías egipcia, hetita, etc. (Rodríguez, 2006: 15).

En cuanto a las fuentes literarias, a pesar de que jamás ningún comentarista afirmó haber visto a un grifo vivo, podemos hacernos una idea bastante exacta de los rasgos más sobresalientes del animal que apuntan a un pájaro cuadrúpedo de gran tamaño, original de los desiertos de Asia. Actualmente no se conserva el poema de Aristeas, pero su epopeya fue tan famosa en la Antigüedad que se pueden encontrar citas procedentes de ella en varias obras de autores clásicos.

El primer escritor en emplear el material proporcionado por Aristeas fue Esquilo (c. 525 a.C.) en su obra *Prometeo encadenado* (460 a.C.). Esquilo nos avisa del peligro que suponen los grifos, comparándolos con perros de caza de picos puntiagudos⁸, una descripción muy similar a la del águila que devoraba las entrañas de Prometeo, a la que llama «perro alado de Zeus, águila sanguinaria»⁹. La segunda referencia la encontramos un siglo más tarde en Heródoto de Halicarnaso (484 a.C.), historiador griego e incansable viajero de la Antigüedad, considerado por los estudiosos como el primer antropólogo. Heródoto sitúa la leyenda en Europa, cerca del país de los arimaspos¹⁰, entendiendo por Europa también el norte de Asia, donde nos confirma que abunda el oro custodiado por estos seres fabulosos¹¹. La tercera referencia nos la

⁸ «Escucha otro terrible espectáculo: guárdate de los grifos, perros de Zeus no ladrones y de afilado hocico, y del ejército de los arimaspos, que tienen un solo ojo y van a caballo, que habitan junto al curso del río Plutón de aurífera corriente. No te acerques a ellos» (Esquilo, *Prometeo encadenado*, 803-807, trad. B. Perea Morales, Gredos, Madrid, 1993: 572).

⁹ «Entonces el perro alado de Zeus, águila sanguinaria, con voracidad hará de tu cuerpo un enorme jirón; y día tras día vendrá —comensal no invitado— a devorar tu negro hígado» (Esquilo, *Prometeo encadenado*, 1021-1025, trad. B. Perea Morales, Gredos, Madrid, 1993: 580).

¹⁰ «Por su parte, Aristeas de Proconeso, hijo de Caistrobio, cuenta en un poema épico que, víctima de la posesión de Febo, llegó hasta los isedones; que más allá de los isedones habitan los arimaspos, unos individuos que sólo tienen un ojo; que más allá de estos últimos se encuentran los grifos, guardianes del oro; y al norte de ellos los hiperbóreos, que se extienden hasta el mar» (Heródoto, *Historias*, 4.13, trad. C. Schrader, Gredos, Madrid, 1986: 292). Cf. *id.* 4.14, 4.27-29.

¹¹ «Por el lado del Norte parece que se halla en Europa copiosísima abundancia de oro, pero tampoco sabré decir dónde se halla, ni de dónde se extrae. Cuéntase que lo roban a los grifos los Monóculos Arimaspos, pero es hartamente grosera la fábula para que pueda adoptarse ni creerse que existan en el mundo hombres que tengan un solo ojo en la cara, y sean en lo restante como los demás» (Heródoto, *Historias*, 3.116, trad. C. Schrader, Madrid, Gredos, 1986: 214).

proporciona Focio (ca. 820), en su obra *Bibliotheca*, quien, siguiendo el testimonio del historiador griego Ctesias, nos habla de una raza de pájaros de cuatro patas, casi tan grandes como los lobos, con patas y garras como las de los leones, pero con un curioso plumaje de color negro y rojo¹².

Posteriormente, Pomponio Mela (ca. 43) en su *Corographia*, una descripción del orbe antiguo conocido con interesantes datos etnográficos y mitológicos, se limita a reproducir la leyenda escita de los grifos, «cruel y obstinada raza de salvajes», como él los denomina, resaltando ampliamente su carácter violento como guardianes del oro¹³, sin añadir ningún nuevo dato sobre su constitución física.

En la misma época, Plinio el Viejo (ca. 23), autor fundamental en la historia de la zoología occidental, basándose en los testimonios anteriores, especialmente en Heródoto y Aristeas¹⁴, añade en su *Historia Natural* (c. 77 d.C.) nuevos datos acerca de la anatomía de estos animales, al referirse a las peculiares «orejas» y «alas» que los caracterizan¹⁵, y describiendo sus nidos y su costumbre de construirlos escarbando en la arena¹⁶.

En el siglo II d.C., Pausanias (110-180 d.C.) nos ofrece interesantes datos sobre descubrimientos e interpretaciones paleontológicas realizadas en Asia Menor, su patria natal. Su *Descripción de Grecia* aporta un material muy valioso en campos tan actuales como la arqueología o la antropología, habiendo servido de guía a varios trabajos arqueológicos¹⁷. Basándose en el poema de Aristeas y en sus propias obser-

¹² Focio, *Bibliotheca*, I, 72.46b 25-34, París, Les Belles Lettres, 1959: 138.

¹³ «El límite y la situación de Asia, que se extiende hasta el Mar Nuestro y el Tanais, es lo que he expuesto y, para los que descienden a través de este río a la Meótide, Europa está a la derecha, colocada sólo en la margen izquierda de los que navegan hacia arriba. En estas proximidades de los montes Rifeos —pues se prolongan hasta aquí—, las nieves, que caen ininterrumpidamente, hasta tal punto hacen intransitables los lugares que ni siquiera permiten su visión a los que se dirigen hacia allá. Luego hay una comarca de tierra muy fértil pero inhabitable, porque los grifos, cruel y obstinada raza de salvajes, aman admirablemente y guardan admirablemente el oro extraído de lo más profundo de la tierra y son hostiles a los que intentan tocarlo. Los primeros pueblos son los escitas y de los escitas, los arimaspos, de quienes se dice que tienen un ojo, a partir de éstos y hasta la Meótide los esedones» (Pomponio Mela, *Corografía*, 2.1, trad. de C. Guzmán Arias, Murcia, Serv. Publ. Universidad de Murcia, 1989: 55).

¹⁴ «*sed iuxta eos, qui sunt ad septentrionem versi, haut procul ab ipso aquilonis exortu specuque eius dicto, quem locum Ges clithron appellant, produntur Arimaspi, quos diximus, uno oculo in fronte media insignes. quibus adsidue bellum esse circa metalla cum grypis, ferarum volucris genere, quale vulgo traditur, eruente ex cuniculis aurum, mira cupiditate et feris custodientibus et Arimaspiis rapientibus, multi, sed maxime inlustres Herodotus et Aristeas Proconnesius scribunt*» (Plinio, *Naturalis Historia*, 7.2, texto tomado de *LacusCurtius*). Cf. Bodson (1987: 116).

¹⁵ Plinio, *Naturalis Historia*, 7.49. Cf. Mayor (2000: 31).

¹⁶ «*Pegasos equino capite volucres et grypas aurita aduncitate rostri fabulosos reor, illos in Scythia, hos in Aethiopia. equidem et tragopana, de qua plures adfirmant, maiorem aquila, cornua in temporibus curva habentem, ferruginei coloris, tantum capite phoeniceo...*» (Plinio, *Naturalis Historia*, 10.136, texto tomado de *LacusCurtius*).

¹⁷ Por ejemplo, a la expedición encabezada por Schliemann, quien en 1876 siguió sus pistas para descubrir las tumbas reales de Micenas. Cf. Mayor (2000: 32).



vaciones, corrobora que estos animales se parecían a los leones, pero con el pico y las alas de las águilas y que, en los desiertos de Asia, el oro aparece cerca de la superficie de la tierra o incluso sobre ella¹⁸.

Años después, Apolonio de Tiana (ca. 96-98) y su biógrafo Filóstrato (ca. 200-230) son, asimismo, un ejemplo importante de la existencia de la paleontología antigua, pues abordaron diversas cuestiones de la historia natural de la Antigüedad, entre ellas la aparición de los grifos. De su testimonio se deduce que estos animales eran de gran tamaño y estaban dotados de una poderosa fuerza física, lo suficientemente extraordinaria como para vencer a cualquier animal, excepto a los tigres, cuya velocidad los igualaba a los vientos¹⁹. Al igual que Plinio, Apolonio rechazaba la idea de que los grifos pertenecieran a la especie de las aves, pues, aunque poseían unas membranas palmeadas que les ayudaban a planear o dar pequeños saltos, no podían volar al no tener verdaderas alas de pájaro. No obstante, Apolonio reconoce como rasgo de las aves el útil pico de los grifos, con el que recogían el oro que sobresalía de la tierra. Por último, añade un dato sobre la veneración de la que eran objeto estos animales en la India.

Finalmente, la narración más completa sobre estas bestias legendarias la encontramos a principios del siglo III d.C. en Eliano (ca. 170-230 d.C.), autor de la *Historia de los animales*. Su descripción del grifo como un animal cuadrúpedo, de fiero carácter, provisto de pico, poderosas garras y alas blancas, con plumas de varios colores en el cuerpo, corresponde a las imágenes que los artistas pintan o esculpen, lo que, en cierto modo, confiere realismo a sus palabras²⁰. Eliano, al igual que Apo-

¹⁸ «Aristeas de Proconeso dice en unos versos que estos grifos lucharon por el oro con los arimaspos, que viven más allá del país de los isedones, y que el oro que guardan los grifos surge de la tierra. Los arimaspos son hombres que tienen de nacimiento un solo ojo, y los grifos son fieras semejantes a los leones pero con alas y pico de águila» (Pausanias, *Descripción de Grecia*, 1.24.6, trad. C. Azcona García, Alianza, Madrid, 2000: 108). *Vid. id.* 5.7.9, 8.2.7.

¹⁹ «En tamaño y fuerza» —nos dice— «se parecen a los leones, pero por las ventajas de sus alas, los atacan a ellos mismos. Son incluso más poderosos que los elefantes y dragones... El tigre es el único que queda fuera de su alcance, porque su velocidad lo equipara a los vientos... No vuelan muy alto, sino como las aves de cortos vuelos, pues no se hallan provistos de alas, como es normal entre las aves, sino que tienen urdidas sus plantas con unas membranas rojas y, girándolas, les es posible volar y combatir desde la altura... En cuanto al oro que extraen del suelo los grifos, hay unas piedras moteadas por las salpicaduras del oro como chispas, que extrae este animal por la fuerza de su pico; pues estos animales existen en la India y se les venera como consagrados al Sol, y por eso uncen cuatro de ellos en las estatuas quienes representan en la India al Sol» (Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, 3.4.8, trad. A. Bernabé Pajares, Gredos, Madrid, 1992, p. 217).

²⁰ «Tengo entendido que el grifo es un animal de la India, cuadrúpedo como el león y con poderosísimas garras parecidas a las de éste. Dicen que es alado, que las plumas del dorso son negras y las de delante rojas, mientras que las alas verdaderas no son así, sino blancas. Ctesias refiere que el pescuezo está adornado con plumas de un azul oscuro, que su boca es parecida a la del águila y su cabeza como la que los artistas pintan o esculpen. Dicen que los ojos del grifo son como el fuego» (*Historia de los animales* 4.27, trad. J. M. Díaz-Regañón, Gredos, Madrid, 1984: 194).



lonio, sitúa la leyenda en la India y, basándose en el testimonio de Ctesias y en los autores anteriores, se muestra convencido de la existencia de estos seres fabulosos que posteriormente se convirtieron en objeto predilecto de la fantasía literaria y popular. Una serie de datos sobre su comportamiento y un intento de racionalizar el mito hacen de su obra un singular testimonio²¹. Eliano fue el último autor clásico que recogió nuevos datos sobre la existencia del grifo.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Sin lugar a dudas, las abundantes listas de hallazgos de grandes fósiles que contiene la literatura clásica, no solo referentes al grifo, sino, en general, a cualquier especie animal del pasado, son una prueba de la existencia de una ciencia popular acerca de la historia de la tierra (Mayor, 2002: 181). El primer paso para conocer la clase de restos fósiles que inspiraron esta leyenda sería la localización de los yacimientos de oro que explotaban los mineros de Asia central. Los desiertos que rodean los montes Altái y sus laderas han sido los campos auríferos más ricos de la región, como prueba, por ejemplo, el descubrimiento que hicieron los arqueólogos rusos en estas montañas de más de cien minas de oro que habían sido explotadas aproximadamente desde 1500 a.C. (Mayor, 2002: 60). Exactamente como afirmaron Heródoto, Plinio, Pausanias y Eliano, allí el oro aparece en partículas sobre la superficie del desierto, y Ctesias estaba en lo cierto respecto a su origen montañoso, pues, a causa de la erosión, el oro de los macizos se desplaza continuamente hacia las cuencas de grava situadas más abajo. Sabemos por el testimonio de Teofrasto (siglo IV a.C.) que los jinetes nómadas exploraban los desiertos después de que los fuertes vientos desplazaran las dunas y dejaran al descubierto los minerales (*De lapidibus*, 6.35), y Plinio explicaba también que, tras las tormentas violentas, los habitantes del desierto salían a toda prisa para recoger las piedras preciosas que destellaban en las dunas o

²¹ «Construye su guarida en los montes y, aunque es imposible capturarlo cuando es adulto, se les puede coger de jóvenes. Los bactrios, que son fronterizos de los indios, dicen que son guardianes del oro del país; dicen, además, que lo desentierran y construyen con él sus nidos y que los indios recogen todo el que cae de ellos. Pero los indios dicen que los grifos no guardan dicho oro, porque estos animales no tienen necesidad de él (y, si es esto lo que dicen, creo que dicen verdad), sino que son ellos, los indios, quienes van a atesorar oro, mientras que los grifos luchan contra los invasores por el temor que sienten por sus propios hijos... Luchan contra los demás animales y fácilmente los vencen, pero no se enfrentan al león ni al elefante... Esta región, en la que viven los grifos y en donde están las minas de oro, es terriblemente desierta. Y llegan los buscadores del dicho metal en número de mil o dos mil, armados y provistos de palas y sacos; y, vigilando en una noche sin luna, extraen el oro si pasan inadvertidos a los grifos, obteniendo un doble provecho, pues logran conservar la vida y, además, llevan a casa su cargamento; y, cuando los que han aprendido, gracias a su destreza, a fundir el oro, lo han purificado, poseen grandísimo poder para recompensar a la gente por los peligros susodichos. Mas si son cogidos *in fraganti*, están perdidos. Y regresan a sus hogares, según tengo entendido, al tercer o cuarto año» (*ibid.*, pp. 194-195).



que habían quedado atrapadas entre las rocas²². Asimismo, los nidos también podían haber actuado como una criba que retuvo las partículas doradas, lo que podría haber suscitado fácilmente la idea antigua de que los grifos habían recogido el oro.

A finales del siglo XIX el estadounidense Roy Chapman Andrews encabezó una expedición, patrocinada por el Museo Norteamericano de Historia Natural, en busca de restos prehistóricos en el desierto de Gobi, una zona entre China y la Unión Soviética prácticamente inexplorada hasta entonces. A unos cincuenta kilómetros de los montes Altái hallaron numerosos esqueletos de *Protoceratops*, habitantes de la región durante el período Cretácico (c. 100-65 millones de años atrás). A Chapman se debe el hallazgo de numerosos cráneos, huesos, esqueletos completos y los primeros nidos con huevos de dinosaurio, algunos con embriones en el interior, descubriéndose así que los dinosaurios eran ovíparos (Sanz, 2007: 24-28). Estos esqueletos pertenecían a dinosaurios que combinaban rasgos propios de las aves y los mamíferos. «El cuerpo de *Protoceratops*» —apunta la doctora Mayor (2002: 66)— «que tiene la cara larga, estrecha y angulosa, tiene unos dos metros de longitud, más o menos el tamaño de un león, y dispone de cuatro extremidades, pero su cabeza presenta un pico de extraño aspecto, amplias cuencas oculares y una pequeña corona ósea en la parte posterior del cráneo». Se supone que pastaba con la cabeza baja y usaba el pico para arrancar el follaje rastrero; carecía de cuernos, presentando en su lugar unos pequeños bultos óseos situados por encima de los ojos y la nariz. Aunque recientemente se ha llegado a la conclusión de que estos restos pertenecían a los terópodos, en realidad, la descripción que Ctesias hizo en 400 a.C. no iba tan desencaminada: verdaderamente se trata de una raza de pájaros de cuatro patas. La ciencia aún no conocía la existencia de los dinosaurios en aquella época y lógicamente los habitantes de la región atribuyeron aquéllas huellas a «aves gigantes». Recordemos, además, que de los relatos de Heródoto se desprende que en la Antigüedad eran bien conocidas otras aves incapaces de volar que vivían en el suelo (Heródoto, 8.250-260). Ya Aristóteles, gran filósofo y naturalista griego, cuya clasificación de las especies sirvió de base a los principios de la zoología, había señalado en su *Anatomía de los animales* la peculiar combinación que presentaba el avestruz de rasgos de ave y de un gran mamífero, observando que, a pesar de tener alas, no podía volar²³. Así pues, las alas que les proporcionaron a los grifos los autores posteriores y los artistas son del mismo tipo convencional que las de otras criaturas mitológicas. Otro punto de controversia sobre su anatomía era si los grifos tenían plumas, pelo o piel. Resumiendo los testimonios que hemos visto hasta ahora, el historiador griego Ctesias afirmaba

²² Plino, *Naturalis Historia*, 37.5. Cf. *id.* 37.2, 37.6.

²³ «De la misma manera también el avestruz. Tiene características de ave, otras de animal cuadrúpedo. En tanto no es cuadrúpedo, tiene alas, en tanto no es ave, no puede volar elevándose en el aire, y las plumas no le son útiles para el vuelo, sino que semejan pelos...» (Aristóteles, *Anatomía de los animales*, 697b 14-26, trad. E. Jiménez - A. Alonso, Gredos, Madrid, 2000: 247).

que aquellos pájaros de cuatro patas tenían plumas negras y rojas, Pausanias rechazaba con desdén la creencia popular de su tiempo según la cual los grifos no tenían plumas, sino que eran peludos y con manchas, y Eliano refirió las diferencias de opinión existentes acerca del color del plumaje. Como escribe Mayor, «los escultores y pintores reflejaron esa antigua incertidumbre y emplearon la imaginación para representar los cuellos de los grifos cubiertos de plumas, escamas o de una piel correosa ondulada o con pliegues...» (2002: 73-74).

Un tercer punto sería la asociación del grifo con grandes cantidades de oro. Ya hemos apuntado que la aridez del desierto facilitaba la localización de fósiles, especialmente los de color blanco que aparecían semienterrados en las arenas rojizas; en ellas abundaban esqueletos completamente articulados de protoceratopsidos, de un tamaño similar al de los lobos o leones, al igual que ellos dotados de cuatro patas, pero con un pico de ave, muy parecido al de las águilas, y una especie de alas, cuyo reducido tamaño hacía evidente su incapacidad para volar. En estas condiciones, la anatomía de estos animales del pasado, con su peculiar combinación de ave y mamífero, resultaba bastante obvia, incluso para un simple viajero. Recordemos que los antiguos, como buenos observadores, conocían perfectamente el comportamiento de las aves y mamíferos, además de conocer al detalle la anatomía humana y animal, ya que sus principales actividades, tales como la caza, el pastoreo, el despedazamiento de animales para los sacrificios, etc., los familiarizaban con los esqueletos. La proximidad entre los yacimientos de fósiles y los yacimientos de oro condujo a la noción de que vigilaban los intentos de aproximarse a dicho metal. Recordemos, asimismo, que el hábito de las aves de recolectar objetos brillantes, como el oro, para su nido, era bien conocido por los antiguos observadores de las aves, como Plinio, que explicó que se podían encontrar piedras preciosas en los nidos de los pájaros (Mayor, 2002: 70).

En cuanto a las costumbres de estos animales, los artistas antiguos representaban a los grifos defendiendo a sus crías, una práctica que también había descrito Eliano. Su modo de vida en grupo se deduce del hecho de que hayan aparecido esqueletos de especímenes adultos junto a restos de otros más jóvenes y huevos fosilizados con pequeñas crías, algunas, incluso, saliendo del cascarón, lo que hace pensar que estas criaturas cuidaban de sus hijos y vivían en manadas.

Para concluir, podemos decir que la lectura de estos textos revela, a primera vista, la riqueza del conocimiento cultural oculto, a menudo, en la literatura popular de la Antigüedad. Los griegos y romanos identificaron los grandes restos prehistóricos como vestigios de criaturas del pasado que eran distintas y mucho mayores que las criaturas de su tiempo, y que habían sido destruidas por alguna catástrofe hacía mucho. Fue su interés por los fenómenos naturales lo que hace que los autores clásicos sean tan valiosos para la recuperación de las leyendas paleontológicas. En cuanto al grifo, es el ejemplo más antiguo que se conoce de un monstruo legendario cuya huella se puede rastrear hasta los restos de dinosaurios. Como concluye Mayor, «aquella imagen de los últimos dinosaurios que recorrieron la tierra la desarrollaron hace casi 3.000 años unos nómadas que no tenían ningún conocimiento de las imponentes fuerzas geológicas y los vastos períodos temporales que habían participado en el proceso, ni poseían conceptos formales de evolución o extinción... Así... la



reconstrucción del grifo por parte de los nómadas saka y los grecorromanos alfabetizados que informaron sobre ellos se aproximó enormemente al conocimiento más actualizado de que hoy disponemos sobre los protoceratopsidos» (Mayor, 2002: 77).

Respecto a la naturaleza de las fuentes clásicas, tenemos a autores «científicos», como Aristóteles o Teofrasto, biógrafos, como Filóstrato o Focio, historiadores y geógrafos como Heródoto, Pausanias o Pomponio Mela, naturalistas como Eliano y compiladores como Plinio el Viejo. Todos estos testimonios cumplen las condiciones necesarias para probar la existencia de una «ciencia» paleontológica en la Antigüedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ESTUDIOS SOBRE EL TEMA

- BODSON, L. (1987): «La zoologie romaine d'après la *NH* de Pline», en J. PIGEAUD, J. OROZ RETA (eds.), *Pline l'Ancien, témoin de son temps*, Universidad Pontificia de Salamanca, *Bibliotheca Salamanticensis. Estudios* 87: 107-116, Salamanca-Nantes.
- BOLTON, J. D. P. (1962): *Aristeas of Proconnesus*, Clarendon Press, Oxford.
- BROWN, B. (1927): «Samos-Romantic Isle of the Aegean», *Natural History* 27, 1: 19-32.
- ELVIRA BARBA, M. A. (2008): *Arte y mito. Manual de iconografía clásica*, Silex, Madrid.
- HAECKEL, E. (1878): «Historia de la creación según Couvier y Agassiz», *Revista Europea*, tomo XII, nº 230: 65-73.
- LEÓN, P. (2003): «Jonia e Ibería», *Romula* 2: 13-42.
- MAYOR, A. (2000): *The first fossil hunters. Paleontology in Greek and Roman times*, Princeton University Press, New Jersey.
- (2002): *El secreto de las ánforas*, Grijalbo, Barcelona.
- NUÑO DE LA ROSA GARCÍA, L. (2005): *Historia filosófica de la idea de forma orgánica: del hilemorfismo aristotélico a la microanatomía celular*, trabajo presentado para la obtención del título de Doctor en Filosofía bajo la dirección de José Luis GONZÁLEZ RECIO, Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid.
- PELAYO LÓPEZ, F. (1991): *Las teorías geológicas y paleontológicas durante el siglo XIX*, Akal, Madrid.
- PHILLIPS, E. D. (1955): «The legend of Aristeas: fact and fancy in early Greek notions of East Russia, Siberia and inner Asia», *Artibus Asiae* 18: 161-177.
- (1964): «The Greek vision of Prehistory», *Antiquity* 38: 171-178.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, I. (2006): *Arte griego orientalizante*, Liceus, Biblioteca de recursos electrónicos de Humanidades, Madrid.
- ROJAS OSORIO, C. (2001): *Invitación a la Filosofía de la ciencia*, Humacao, Puerto Rico.
- SANZ, J. L. (2007): *Cazadores de dragones. Historia del descubrimiento e investigación de los dinosaurios*, Ariel, Barcelona.
- SARMIENTO MEDINA, P. J. (2009): *La Filosofía de la Biología de Ernst Mayr: problemas biológicos y filosóficos en las teorías de la evolución*, trabajo presentado para la obtención del título de Doctor en Filosofía [leído 2007] bajo la dirección de José Luis GONZÁLEZ RECIO, Facultad de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid.



- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (dir.) (et al.) (1986): *Historia general de España y América. De la protohistoria a la conquista romana*, Ediciones Rialp, Madrid.
- VALERO DE BERNABÉ, L. - EUGENIO, M. DE (2003): *Simbología y diseño de la heráldica gentilicia galaica*, Hidalguía, Madrid.
- WALKER, J. M. (1996): *Seres fabulosos de la mitología*, Olimpo, Barcelona.

TEXTOS CITADOS

- ARISTÓTELES (2000): *Anatomía de los animales*, en *Partes de los animales. Movimiento de los animales. Marcha de los animales*, trad. E. JIMÉNEZ - A. ALONSO, Gredos, Madrid.
- ELIANO (1984): *Historia de los animales. Libros I-VIII*, trad. J. M. DÍAZ-REGAÑÓN LÓPEZ, Gredos, Madrid.
- ESQUILO (1993): *Tragedias / Prometeo encadenado*, trad. B. PEREA MORALES, Gredos, Madrid.
- FILÓSTRATO (1992): *Vida de Apolonio de Tiana*, trad. A. BERNABÉ PAJARES, Gredos, Madrid.
- FOCIO (1959): *Photius. Bibliothèque*, vol. I [72.46b 25-34], Les Belles Lettres, Paris.
- HERÓDOTO (1986): *Historia. Libros III-IV*, trad. C. SCHRADER, Gredos, Madrid.
- PAUSANIAS (2000): *Descripción de Grecia. Ática y Élide*, trad. C. AZCONA GARCÍA, Alianza, Madrid.
- PLINIO: *Historia natural*, texto tomado de *LacusCurtius*, http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/pliny_the_elder/home.html.
- POMPONIO MELA (1989): *Corografía*, trad. C. GUZMÁN ARIAS, Serv. Publ. Universidad de Murcia, Murcia.
- TEOFRASTO (1965): *Teophrastus. De lapidibus*, ed. y trad. D. E. EICHHOLZ, Clarendon Press, Oxford.



